

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESDE EL TREN

Calumniamos á nuestro siglo y nos mostramos ingratos al quejarnos de él como solemos hacerlo á cada instante. Alabar tiempos pasados es más fácil que sería resignarse á volver á ellos, si esto cupiese en lo posible. Que nos restituyesen ahora á los dominios del carromato, de la diligencia, del mulo y del caracol, y oíríamos las protestas y los gritos desesperados de una generación habituada ya á la *rauda locomotora*.

Que el servicio de ferrocarriles en España deja mucho que desear y podría mejorarse, de sabido se callaría, si el repetirlo no fuese quizás conducente á su mejora. La rapidez, convengo, es ilusoria; por trazados mal entendidos, por concesiones á influencias no siempre respetables, las líneas hacen eses que prolongan el trayecto en perjuicio del viajero, y como la red es mezquina, escasa de venas, de esos ramalillos tan útiles que enlazan entre sí las grandes arterias y las vivifican, viajar por España supone doble gasto de tiempo que en el extranjero, para ver la misma extensión de país. De Madrid á la Coruña, verbigracia, en silla de posta se iba en tres días y dos noches, relativamente más pronto que ahora por el tren en horas veinticuatro, y es que en vez de acortar hacia Zamora, da el camino innecesarias vueltas por Palencia y León, atravesando los campos más áridos y feos de la Península. Podría tal viaje realizarse en quince horitas, adelante de ventajas incalculables para los veraneantes y los que del verano viven.

* *

En nada se refleja tan claramente la estrechez de nuestra vida moderna como en el corto número de trenes y su enlace dificultoso. Al acercarse á regiones donde hay vida industrial y fabril, Cataluña, Vizcaya, las pulsaciones de la circulación se acentúan, los trenes salen con frecuencia, el viaje se facilita y arregla de suyo. Pero donde la industria no ha exhalado su soplo bienhechor, los trenes van á paso de tortuga y salen con desesperantes intervalos.

Y así y todo, el recuerdo del ayer y la comparación consuelan. No sé cómo se podía viajar por gusto antaño, si bien consta que no faltaba quien lo hiciese, y arrostrase las molestias sin cuento y los peligros, entonces reales y efectivos, de tal empresa. Y es que, desde los tiempos consabidos que se pierden, etcétera, esto de viajar ha tenido sabor de miel, misterioso encanto. Hoy viaja el individuo; entonces se trasladaban las tribus y los pueblos, siguiendo el curso del sol ó la honda corriente de algún río. Ahora que las grandes colectividades humanas parecen haber echado raíces, y que positivamente las masas están incomunicadas y sólo se amalgaman por el violento choque de la guerra, el individuo se desquita. Los adelantos han facilitado y repartido en porcioncillas la odisea.

* *

En España la afición á viajar sin objeto determinado, por el viaje solo, no se ha difundido todavía. Causa cierto asombro que yo la profese. Quizás no se explican que por ver un edificio viejo, menos aún, el lugar donde ocurrió un hecho memorable, donde surgió un recuerdo ó se escribió una página de historia, ande nadie rodando por trenes y fondas y estaciones, gastando tiempo y dinero, y privado de esas «comodidades de su casa» sin las cuales mucha gente no comprende la vida.

¿Qué se saca de un viaje? Es difícil al pronto re-

ducir á cifras tal género de utilidad. Pero, según decía aquel respetable canónigo toledano á quien días pasados me referí, *la pintura vence al verso*; no hay como lo que entra por los ojos, lo que vemos y tocamos. Todas las descripciones de Toledo no equivalen á un paseo por las callejas y rinconadas de la imperial ciudad en compañía de una persona familiarizada con sus secretos. Eruditos libros de arqueología no suplen á la contemplación del viajero embelesado. En esto de los viajes hay mucho que no es reducible al conocimiento, que no es *aprender*, que va más lejos y corresponde á las esferas delicadísimas del sentimiento. Así un viaje — por ejemplo el de Goethe á Italia, el de Gogol á España — determinan á veces nuevas orientaciones para el artista.

* *

También acerca del estado social de una nación se *aprende* mucho viajando por ella. No diré que un extranjero, al pasar de prisa por España, tenga probabilidades de acertar en sus precipitados juicios; en cambio, el español, conociendo ya el terreno que pisa, ve en un momento la señal característica de un período, el sentido que lleva la vida patria. En este particular, el viaje que acabo de realizar ahora, y que ha comprendido tantas y tan bellas regiones, no pudo infundirme ideas menos gratas y tranquilizadoras. No he visto grandes adelantos, y más frecuentes han sido las señales de estacionamiento, por no decir de retroceso, en la dirección de las energías nacionales.

Si en muchos pueblos se han erigido teatros, en casi ninguno ha dejado de alzarse, flamante, insolente de vida, con su arquería mudéjar, la plaza de toros. No sé por qué achacan á Fernando VII — aquel grosero chulapón injerto en ladino gobernante, que tan á fondo nos conocía — la difusión de la tauromaquia en España. Es ahora, es hoy, el momento en que se vive para los toros. No me desagrada á mí tal diversión; al contrario, confieso que me entretiene mucho; pero no me entretiene como un buen drama ó una representación de *La Walkyria*. No es lo malo que haya toros, sino que ellos absorban nuestro jugo y constituyan, á estas alturas, nuestra única y exclusiva preocupación... ¿cuando debíamos preocuparnos de tantas y tantas cosas! Y el arte mismo ¿puede existir entre tal atmósfera, de palmas, tabacos y manzanilla?, ¿puede sostener siquiera la competencia? Acuso á los toros de que agotan toda la sensibilidad nerviosa de que disponen los españoles, y devorando y abrasando su sangre, como la devora y abrasa un vicio, un hábito desordenado, les deja fríos é inertes para todo lo demás; no sólo para lo conveniente, sino también en primer término para lo bello, para los goces de la imaginación y de los sentidos mismos, en lo que pueden tener de escogido y de culto y de intenso. El pueblo que se entrega á los toros completamente, no volverá á enriquecer las artes como las enriquecimos nosotros en los siglos que pasaron.

* *

Lo primero que con orgullo me enseñaron en todas partes «los indígenas» fué la plaza recién salida del cascarón. Después vi también muchos conventos de nueva planta, mientras los antiguos se desmoronan ó están convertidos en almacenes y cuarteles. Se gasta en elevar edificios de mal gusto, templos que parecen de alcorza, y las maravillosas iglesias de antaño, profundamente sentidas y caldeadas por la fe, se agrietan ó se hunden. El gentío, indudablemente, donde se agolpa es en las plazas de toros: los templos, así antiguos como recientes, están solitarios. En el mismo venerando Pilar no era grande la concurrencia de fieles cuando oí misa.

En cuanto á las actividades propias de nuestra época y á las necesidades que sienten hoy los pueblos con mayor eficacia, apenas se me revelaron por señales ostensibles durante este viaje. Fué en Zaragoza donde advertí incremento industrial; la sangre de la industria que la arteria del canal reparte, ha sido allí fecunda engendradora. No se me han metido por los ojos las escuelas: no era mi propósito enterarme de este ramo, pues me atrae lo tradicional, pintoresco y legendario antes que la pedagogía; pero si al cabo hubiesen existido esas Escuelas acabadas de construir, relucientes y fresquitas, no dejaría de verlas, como vi los circos taurómacos, que tampoco buscaba.

* *

Por la visita á unas Escuelas comenzó, sin embargo, mi viaje esta vez. Invitáronme los Sres. de Oñate, hijos del fundador, el rico fabricante de chocolate D. Matías López, á ver las Escuelas del lindo pueblecito de Sarria. Sucédame con este pueblo lo

que tan á menudo suele ocurrir: precisamente portenerlo al páso, y cruzar por él todos los años varias veces, al subir de la Coruña al centro de España, jamás se me ocurría detenerme allí. Y cuando le llamo lindo pueblecito, no es por adjetivar: es que el paisaje de Sarria, un paisaje de *transición*, donde se transforma insensiblemente la blandura mimosa de la campiña gallega en la severidad no adusta aún de los primeros campos de Castilla, merece el calificativo. El fondo de montañuelas realza el cuadro de la llanura con depresiones suaves, salpicada de blancas casitas, de chalets, de Pazos solariegos, de arbolado y de jardines. El pueblo forma una colina, trepando las nuevas calles á enlazarse con las antiguas, que ascienden hasta rendirse á los pies del castillo señorial, el cual todavía mantiene erguido su torreón. No lejos del castillo, reposa soñando el convento y su iglesia monumental, que estaban desmoronándose y con gran oportunidad se encargaron de mantener en pie, echando techos y pisos, los Padres Mercedarios. Estos religiosos, envueltos en su blanco sayal, son un toque poético muy en armonía con el edificio y el pueblo, con el ambiente de sosiego y calma que en él se respira. Lástima que usen los Padres esos feos sombreros curvos, negros, de teja, adoptados hoy por todas las órdenes monásticas, sin exceptuar la franciscana, y que echan á perder el efecto de los hábitos más nobles. Dentro del claustro, donde no hay que llevar sombrero, el Mercedario, con su vestimenta de lana nívea, reclinado en un pilar ó nimbada la cabeza por un arco que sostienen capiteles de imaginaria, da la acuarela ya hecha al pintor. He notado que los Mercedarios de Sarria son muy jóvenes todos; algunos parecen adolescentes, y con su cara imberbe y la modestia mística de su actitud, se están desprendiendo de alguna tabla medioeval.

* *

Volviendo á las Escuelas, diré que el Sr. López no pudo hallar mejor empleo para regular parte de su hacienda, laboriosa y honradamente adquirida. Es toda esta familia en extremo caritativa y aficionada á hacer el bien, y no hay iglesia ni hay necesitado en Sarria (y supongo que lo mismo sucederá en el Escorial, donde funciona la gran fábrica de chocolate) que no conozca los efectos de su bondad previsora. Probado por repentinas desgracias y crueldades pérdidas de seres queridos, Matías López, que era un *self made man*, hijo de sus obras ascendido mediante su trabajo de posición humilde á la opulencia, sintió que debía, por decirlo así, pagar réditos á Dios, y dejó instituídas las Escuelas de Sarria; su viuda completará la obra fundando el hospital. Las Escuelas han costado más de medio millón de reales: el edificio es desahogado, ventiladísimo, entrando en él aire y luz á chorros; la instalación escolar, desde la peculiar hechura de los pupitres hasta los dos inmensos patios de recreación, descubre que la dirigió mano experta y entendida; el material, tan abundante que en largos años no se agotará el que hay de repuesto, es de última, con sus ricos muestrarios de objetos para las «lecciones de cosas» y sus cartones completísimos para enseñanza de Historia y Geografía; y las dependencias, cómodas, amplias, decorosas, encierran las viviendas del profesor y de la profesora, que encuentran allí modesto bienestar y seguro asilo.

* *

Después de visitar las Escuelas nuevas, el paseo por Sarria nos llevó casualmente á tropezar con la Escuela antigua. Ni el más empedernido apasionado de la tradición resiste á una *lección de cosas* semejante. — Ver por los ojos, que diría el señor canónigo de Toledo. — La Escuela antigua, donde aprendió á deletrear Matías López, debió de grabar en su imaginación de niño el horror á semejante antro. Sostenido por postes de piedra, lóbrego, húmedo, infecto, se levanta aquel local miserable, en comparación del cual es alegre la cárcel contigua. Allí debieron de resonar firmes los palmetazos, arrancar sangre de las carnes infantiles las rudas disciplinas, y ostentarse el gorro de borricales orejas, castigo de los tumbones y desaplicados. Y quizás ni aun eso, porque tales severidades revelan algún celo en el dómene. Lo más probable es que se pareciese esta escuela á aquella que describe Galdós en *El doctor Centeno*: alianza del tedio con la rebeldía; reunión de chiquillos aburridos de muerte ó engrescados á trueque de combatir un fastidio invencible, el de la reclusión en calabozo mefítico y asfixiante. Y yo pensaba en la Escuela actual, con ínfulas de palacio, con salubridad y alegría y vistas y luz y hasta diversión para los pequeñuelos.

EMILIA PARDO BAZÁN